



Vida y narración Los modelos de realidad vital en las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña

*Life and narration. The models of vital reality in the Memoires of
Pedro Henríquez Ureña*

Mariana Brito Olvera*
marianabritoolvera@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.998866

Resumen: A partir del análisis de las *Memorias* del crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, el presente trabajo es un esfuerzo por explorar los vínculos existentes entre vida y su posibilidad de ser narrada, así como los modelos que sirven a un autobiógrafo al momento de configurar su relato de vida. La hipótesis bajo la cual descansa esta investigación es que en las *Memorias* de Henríquez Ureña el universo familiar del autor y el arielismo son "modelos de realidad vital" que le permiten articular su narración de modo tal que dé cuenta de su formación intelectual.

Abstract: The present work is an effort to explore the links between life and the possibility to be narrated, as well as the models employed by an autobiographer at the moment to set the tale of his life starting with the analysis of the Memoires of the critic Pedro Henríquez Ureña. The base hypotheses of the present research is that, in the *Memoires* of Henríquez Ureña, the familiar universe and the arielism are both "models of vital reality" that allow him to articulate his narration in a way that evidences his intellectual nurture.

Palabras clave: Pedro Henríquez Ureña, Memorias, Modelos de realidad vital, Arielismo, Universo familiar.

Keywords: Pedro Henríquez Ureña, Memoires, Models of vital reality, Arielism, Familiar universe

* Mexicana. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Ayudante del profesor Gustavo Ogarrio en la asignatura de Literatura en América Latina (siglos XIX y XX) en la FFyL, UNAM (2014-2015). Becaria en el área de Ensayo literario en la Fundación para las Letras Mexicanas (generación 2014-2015). Trabaja el tema de la utopía en la obra de Pedro Henríquez Ureña.

1. El afán de perfección

En “La utopía de América”, Pedro Henríquez Ureña dice que, a diferencia de otras religiones en las que la perfección se alcanza sólo hasta la “otra vida” o por medio de una divinidad, “Grecia cree en el perfeccionamiento de la vida humana por medio del esfuerzo humano”¹. Es significativo que de todas las ideas que atraviesan la cultura griega y que él bien conocía dado su apego a la tradición helénica, ponga especial énfasis en el aspecto que corresponde a la potencialidad que tiene el ser humano para perfeccionarse en esta vida.

Una lectura creativa de Grecia le muestra al crítico dominicano el sujeto que desea para nuestra América: un sujeto siempre perfectible, que puede aspirar a mejorarse a sí mismo y también a mejorar la sociedad en la que está inmerso. De esa noción de sujeto surge la utopía ureñista: un sujeto que, en el reino de *este* mundo, es capaz de incidir activamente en el curso de su propia historia. Esta concepción de ser humano, por una parte, abre el horizonte de la utopía, en tanto que siempre es posible modificar las condiciones actuales, “superar lo dado y con ello trascenderse a sí mismo”²; por otra parte, la misma noción marca un modelo vital a seguir.

La formación de Henríquez Ureña como sujeto activo y perfectible se muestra en dos niveles de su producción escrita. El primero nos ofrece esa búsqueda de perfección en sus escritos de carácter íntimo y el segundo nos la ofrece en un nivel más amplio y colectivo: en su obra crítica e historiográfica. Estos dos niveles no están en absoluto separados, se imbrican constantemente, tejen puentes que nos hacen transitar de un lado a otro. Por cuestiones de extensión, en este trabajo nos enfocaremos únicamente en explorar el primer aspecto: el perfeccionamiento intelectual de Henríquez Ureña, a partir de un análisis de sus *Memorias*.

¹ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «La utopía de América». En *La utopía de América*. Ayacucho, Caracas, 1989. p. 7.

² RAMÍREZ FIERRO, María del Rayo. «Imaginación y utopización». En *Intersticios*, núm. 11, México, 1999. p. 114.

2. Una poética de vida. Universo familiar y arielismo como modelos de realidad vital

Las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña, que comenzó a escribir poco antes de cumplir veinticinco años, en enero de 1909, nos dejan ver su primera formación como intelectual³. Esa formación empieza desde la infancia, pues el escritor dominicano tuvo por madre a la mayor poetisa dominicana del siglo XIX, Salomé Ureña, y por padre a Francisco Henríquez y Carvajal, político y diplomático, quien llegaría a ser presidente de República Dominicana por un lapso breve de tiempo.

Según cuenta en las *Memorias*, a los doce años y en medio de ese entorno familiar, se decide por el camino hermoso de las letras a partir de haber asistido a una reunión literaria y política:

Pero lo que vino á decidirme francamente por la literatura fue el asistir á una velada solemne que celebró la antigua Sociedad 'Amigos del País', en mayo de 1896, al cumplir veinticinco años de fundada: de esta sociedad habían sido fundadores mi padre y varios de sus amigos, y en aquella velada dijo un discurso Prud'homme, leyeron trabajos en prosa Leonor Feltz y Luisa Ozema Pellerano, maestras educadas en el Instituto de mi madre, se recitaron versos de José Joaquín Pérez, leyó Pensón su sorprendente *Víspera del combate*, leyó mi padre la poesía intitulada *La fe en el porvenir*, que mi madre había dedicado en 1877 á aquella sociedad, y dijo algunas palabras breves contando la historia de esa poesía, que los entonces juveniles "Amigos del País" recibieron como una consagración. *Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso*. Pero á partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poética, fue mi afición favorita. *Descubrí* que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas y

³ Estas *Memorias* fueron publicadas póstumamente. El primero en editarlas fue el argentino Alfredo A. Roggiano, que consiguió los textos conservados por Isabel Lombardo Toledano, quien fuera esposa de Henríquez Ureña. Fragmentos extensos de la obra se citaron en su libro *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. Posteriormente, dio a conocer unas notas de viaje que comprenden un periodo del año 1911 en el que el autor dominicano realizó un viaje a Cuba. El material que proporcionó la viuda de Henríquez Ureña también contenía un *Diario*, que era la continuación de las memorias de 1909. En 1988, publica en la *Revista Iberoamericana* "Las Memorias de Pedro Henríquez Ureña" y, finalmente, el *Texto de las Memorias de Pedro Henríquez Ureña*, que contenía parte de los materiales antes mencionados. La edición a la que yo haré referencia es la que preparó Enrique Zuleta Álvarez para el Fondo de Cultura Económica en el año 2000, aunque ya desde 1989 había publicado una edición en argentina bajo el mismo sello editorial.

de poetisas cubanas (mi madre me habló mucho de éstas). [...] Al mismo tiempo, comencé a redactar, manuscrito, un periódico con el nombre de *La Patria*: ocho paginitas, conteniendo tres o cuatro poesías ó artículos, cada semana⁴. (subrayados míos)

De este fragmento se pueden observar muchas aristas que merece la pena comentar a detalle: la firmeza en la decisión de estudiar literatura, el carácter emprendedor para desarrollar sus proyectos a esa temprana edad, y el ritmo de trabajo que se impone, dada la envergadura de sus proyectos, junto con la periodicidad con que los lleva a cabo.

En el aspecto concerniente a la resolución por el camino literario, es significativo el lugar que ocupa Salomé Ureña, mujer y poeta, en esta determinación: ella es la reveladora de la literatura. Las letras son un descubrimiento casi mágico que se logra a partir de la figura materna (“Había ignorado hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso”, “Descubrí que mi madre era poetisa afamada”). La literatura toma vida en boca del padre cuando recita los versos de la madre, cuando la palabra hecha eco sonoro se introduce en los oídos de los asistentes. Asimismo, Salomé es el impulso emprendedor de sus grandes proyectos: la antología de poetisas dominicanas y cubanas. Además de esta influencia, hay que resaltar la relevancia que adquiere en la cita el ámbito colectivo y familiar: el gran momento de encuentro del niño con la literatura no se da en soledad, sino acompañado de los asistentes a la reunión celebrada aquel día, donde sus padres fungen como miembros de suma importancia y donde la lectura es punto de convergencia de una comunidad.

No obstante, no deja de parecer curioso el hecho de que Henríquez Ureña afirme con total seguridad que la resolución tomada sobre su vocación se llevó a cabo a los doce años (“Pero lo que vino á decidirme francamente por la literatura”). Es verdad que se podría comprobar que, en efecto, empezó por esa época la elaboración de la antología de poetisas caribeñas y comenzó la redacción de un periódico de índole patriótica, pero eso no indicaría necesariamente que el niño de doce años de aquel tiempo fuera totalmente

⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. FCE, México, 2000. p. 39-40.

consciente de haber decidido su porvenir. Al decir esto, lo que pretendo es poner énfasis en el hecho de que esas afirmaciones están mediadas por un acto de memoria. El *yo* que enuncia el discurso autobiográfico lo hace desde el presente mismo de la enunciación *y*, desde ahí, nos ofrece una lectura de su pasado: el que afirma que a los doce años había elegido su profesión no es el adolescente de esa edad, sino el joven de veinticinco años que, en perspectiva, ve ese momento como fundacional y determinante en su vida.

Este tipo de distinciones nos remite a problemáticas que distintos teóricos de la escritura autobiográfica han planteado, relacionados todos con los cruces existentes entre memoria, vida y narración⁵. Acerca de la autobiografía, Sylvia Molloy pone énfasis en que ésta

es siempre una re-presentación, esto es, un volver a contar, ya que la vida a la que supuestamente se refiere es, de por sí, una suerte de construcción narrativa. La vida es siempre, necesariamente, relato: relato que nos contamos a nosotros mismos, como sujetos, a través de la rememoración; relato que oímos contar o que leemos, cuando se trata de vidas ajenas⁶.

Ese relato tiene como eje narrativo la vida misma. Sin embargo, tomar la vida como un eje es bastante complejo, puesto que los hechos que se viven no necesariamente están conectados entre sí, ni son regulares, ni están encadenados por una secuencia lógica. Aunque suene trágico, nuestras vidas no tienen en sí mismas una unidad narrativa.

⁵ Philippe Lejeune habló del "pacto autobiográfico" para explicar lo que ocurre en textos de esta índole. Para explicar el término, Lejeune parte de la distinción básica en teoría literaria que hay entre autor, narrador y personaje. Autor como el referente tangible en la realidad extratextual que escribe el relato; narrador como el mediador intratextual entre lector y mundo narrado; y personaje como el agente intratextual del mundo narrado. Una distinción que puede ser tan elemental en el género narrativo pero tan inobservable en la escritura autobiográfica, ya que el lector del libro equipara totalmente al autor de carne y hueso con la voz que enuncia el discurso y el personaje del que habla. El "pacto autobiográfico" consiste en la homologación autor-narrador-personaje que nos lleva a pensar que debido a que el personaje y narrador es, en apariencia, el mismo que el autor, entonces su narración será "real", "verdad". Por ello, el teórico francés expresa que la autobiografía no debe leerse sólo en clave textual: parte del pacto que se juega está afuera, en lo extratextual, en lo que representa la firma del autor y su correspondencia con lo que éste escribe en su autobiografía. LEJEUNE, Philippe. «El pacto autobiográfico». En LOUREIRO, Ángel G. (coordinador). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*. Núm. 29, México, 1991. pp. 47-61.

⁶ MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Colegio de México/FCE, México, 1996. p. 16.

Tal vez eso se muestra de forma más nítida en el género diarístico, sobre todo en aquellos textos que no fueron escritos con la conciencia de que serían publicados. En ellos, los hechos se presentan como inconexos: a diferencia de las memorias o la autobiografía, los diarios generalmente son momentáneas interpretaciones de la vida que tratan de recuperar el retrato del momento y la cotidianidad, sin necesidad de asignarles “un significado de mayor alcance”⁷.

En el caso de Henríquez Ureña, es importante mencionar que comienza la redacción de las *Memorias* en enero de 1906 y narra todo lo que ha vivido hasta que el presente de la escritura lo alcanza, en 1909. En ese momento las *Memorias* se convierten en un diario y la estructura de la narración cambia. En el diario, el ensayista dominicano empieza a percibir los cambios próximos que llegarán al año siguiente con la Revolución mexicana, hace apuntes al respecto, algunos incluso casi proféticos, sin que esto le permita ver el resultado total del proceso, porque aún está inmerso en él. Al contrario, aunque las *Memorias* las escribe cuando aún no está ni de cerca por concluir su vida, él mismo toma como límite su presente para hacer una evaluación total de lo vivido, lo que le posibilita mirar su pasado en perspectiva. De modo que, a diferencia de los diarios, la autobiografía o las memorias tienen la ventaja de poder evaluar, en mayor o menor medida –el caso de las *Memorias* de Henríquez Ureña es bastante peculiar–, desde el presente, el resultado total de la vida.

Desde ahí el autobiógrafo le pone orden a su vida y encadena hechos pasados que antes podrían no haber tenido ninguna relación y les da una secuencia lógica que hace comprensible el relato⁸. San Agustín, por ejemplo, en sus *Confesiones*, coloca como eje que articula y da unidad a toda su existencia su

⁷ WEINTRAUB, Karl J. «Autobiografía y conciencia histórica». En LOUREIRO, Ángel G (coord.). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*, núm. 29, México, 1991. p. 21.

⁸ No obstante, la secuencia lógica para narrar una vida no es condición absolutamente necesaria a la hora de hacer autobiografía o memorias. Como dice James Olney, la idea que se tenga del *bios*, de la vida, influye notablemente en la manera en que se concibe el *yo* y la personalidad propia. Es por ello que “[l]a práctica de la autobiografía es casi tan variada como el número de personas que la llevan a cabo”. OLNEY, James. «Algunas versiones de la memoria/Algunas versiones del *bios*: la ontología de la autobiografía». En LOUREIRO, Ángel G. (coord.). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*. p. 33.

camino hacia el encuentro de Dios y el cristianismo. Por lo mismo, todos los hechos que cuenta están guiados por ese eje. Asimismo, la idea de Dios como ser que habita en todas las partes del universo, incluyendo el ser humano, permeará la manera en que San Agustín se concebirá a sí mismo y en la que se articulará la narración de su vida⁹.

Otro ejemplo del que podríamos hacer mención para acercarlo al contexto del propio Henríquez Ureña es el del *Ulises criollo*, primer tomo de las *Memorias* de José Vasconcelos donde, desde el mismo título, se va creando un modelo que servirá para configurar su narración de vida: “Un destino cometa, que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra, y el ambiente turbio del México actual, justifican la analogía con la clásica *Odisea*”, dice en la “Advertencia”¹⁰. Asimismo, en todo el relato de la infancia, Vasconcelos deja entrever varias veces un parecido entre su historia y la de Moisés, personaje bíblico encargado de liberar al pueblo hebreo para conducirlo a la tierra prometida: “«Tú ibas –recordaba mi abuela, mirándome- dentro de un cesto atado al costado de una mula. La lluvia te escurría por las sienes, atravesando el combrecito de palma»”¹¹, “Perdíamos las casas, los cercados. Era forzoso buscar dónde establecernos, fundar un pueblo nuevo”¹². A partir de esto, la narración se construye, en gran parte, en torno a esta figura: Vasconcelos narrará cómo él sólo saldrá de la pobreza y la

⁹ “Pues si yo soy efectivamente, ¿por qué pido que vengas a mí, cuando yo no sería si tú no fueses en mí? No he estado aún en el infierno; mas también allí estás tú. Pues si descendiere a los infiernos, allí estás tú”. AGUSTÍN, San. «*Las confesiones*». En *Obras* (tomo II), edición crítica y anotada por Custodio Vega, Ángel. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1955, Libro I, capítulo II. p. 85. No entraré aquí en el debate aún irresuelto de si las *Confesiones* de San Agustín son en verdad autobiografía, al ser este género, como lo apunta Karl Weintraub en el artículo antes citado, un fenómeno que se despliega con fecundidad hasta el siglo XIX debido a ciertos fenómenos filosóficos, sociales, políticos y culturales que propician una mayor comprensión histórica de la existencia. Según apunta Weintraub, la autobiografía sólo puede desarrollarse cuando el hombre es consciente de que su individualidad se enmarca en el cauce histórico general, de ahí que crea relevante la publicación de un texto que, por su carácter íntimo, podría interesar sólo a un número muy reducido de personas. En torno al nacimiento de la autobiografía como género moderno, también es cercana la postura de MAY, Georges. *La autobiografía*. FCE, México, 1982. Mi objetivo es hacer referencia al texto de San Agustín porque me parece una excelente ejemplificación de lo que aquí quiero mostrar: que para narrar la vida muchas veces nos ceñimos a un modelo que nos permita darle unidad a la vida propia.

¹⁰ VASCONCELOS, JOSÉ. *Memorias I. Ulises criollo/La tormenta*. FCE, México, 2012.

¹¹ VASCONCELOS, JOSÉ. *Memorias I. Ulises criollo/La tormenta*. p. 17.

¹² VASCONCELOS, JOSÉ. *Memorias I. Ulises criollo/La tormenta*. p. 10.

ignorancia e intentará liberar a su pueblo de esos males. Evidentemente esa visión de sí mismo como guía del pueblo mexicano la tiene el Vasconcelos adulto que escribe las *Memorias* y que, en perspectiva, trata de leer los hechos de su infancia de esa manera.

Con los ejemplos anteriores se muestra que los incidentes pretéritos que podrían haber pasado desapercibidos se vuelven, según Karl Weintraub,

significativo[s] en relación a todo el modelo de su realidad vital. Los elementos de la experiencia pasada, que han sido extraídos del contexto en el que se situaban con anterioridad, han sido escogidos porque *ahora* se cree que tienen un sentido sintomático que podían no haber tenido antes¹³.

Me interesa sobre todo rescatar la noción de “modelo de la realidad vital”, pues me parece que clarifica muy bien los ejemplos anteriores apuntando a que la concepción que se tenga de la vida, de lo que ésta debería (o no) ser y los modelos en que se inspira tienen una estrecha relación en lo que se decide contar de ella, así como de la estructura narrativa y los símbolos que se crean dentro del relato.

De esos mecanismos pareciera ser muy conciente el mismo Henríquez Ureña, quien, al principio de sus *Memorias*, ofrece una explicación acerca de por qué, aunque pudiera pecar de presuntuoso, escribe una autobiografía a tan corta edad¹⁴. Esa reflexión es a la vez teoría y justificación de su actividad:

La autobiografía, desde luego, siempre resulta compuesta; pero así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ellas se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada falso. Sabemos que en las *Memorias* de Goethe faltan muchas cosas: todas las que resultaron inútiles para formar el Goethe que el mismo Goethe concebía y el que nosotros preferiremos a cualquier otro que á retazos fabriquen los eruditos. Las *Memorias* nos pintan el Goethe que se *realizó* en todos los momentos en que su vida y su ideal [la literatura] se fundieron y obraron de consuno. ¿Qué nos importan, pues, los momentos en que

¹³ WEINTRAUB, Karl J. «Autobiografía y conciencia histórica». p. 21.

¹⁴ Quisiera anotar que, para fines expositivos, aquí desarrollo el análisis de las *Memorias* en tanto que autobiografía, a pesar de ser conciente de la diferencia entre éste género y el de las “memorias”, sin embargo, en el apartado tercero se justificará teóricamente esta determinación.

Goethe cedía á la presión de la vida ó las horas en que su pensamiento no tenía relación interesante con ella?¹⁵

Lo primero que habría que señalar es la percepción de la autobiografía como composición: la autobiografía no es un calco directo de la experiencia de vida al papel, al contrario, desde el momento en que hay necesidad de *narrar*, se convierte en representación estética de esa experiencia de vida, en autoconfiguración de una concepción de sí, de un *yo*. Goethe, como bien apunta el crítico dominicano, tiene un modelo de realidad vital definido: el de la formación del hombre en literato. Escribe únicamente las cosas que él piensa que *lo representan* y que van acordes a ese modelo: aquellos momentos en que su vida se junta con la literatura, lo demás se vuelve accesorio.

En las *Memorias* de Henríquez Ureña, la noción de sujeto que retoma de los griegos, en donde el ser humano se presenta como capaz de perfeccionamiento constante, será el eje narrativo de su obra autobiográfica. Ese proceso está lejos de poder visualizarse de manera total y definitiva, pues quien escribe es apenas un joven que no llega ni a la tercera década. Así, este escrito autobiográfico adquiere una doble función: mostrar el proceso de formación y perfectibilidad del joven Ureña a la vez que se hace una autoevaluación de lo vivido que le sirva como orientación para las empresas venideras.

Como a Goethe, lo que a Pedro Henríquez Ureña le interesa es hacer visible su trayecto intelectual, el desarrollo en lo que se refiere a su crecimiento dentro de la cultura letrada: “Pero ahora quiero componer (sí, componer) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, *especialmente en cosas literarias*.”¹⁶ (cursivas mías) La narración se ve acompañada de ciertos “modelos de la realidad vital” que a la vez se mostrarán como temas y problemáticas claves a las que nuestro autor dará vueltas el resto de su vida: la patria, la justicia, la docencia, la confianza en el esfuerzo humano, etcétera. Esos modelos que sirven para organizar el discurso autobiográfico del joven Ureña son al menos dos: por una parte, como lo

¹⁵ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. pp. 27-28.

¹⁶ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 28.

denomina Guillermo Piña Contreras, su “universo familiar”¹⁷, que encuentra sobre todo en su madre, Salomé Ureña, una guía espiritual de todo su camino; por otra parte, el eco del *Ariel* de José Enrique Rodó, que pone en primer plano a la juventud como sujeto histórico y dicta un *deber ser* del trabajo de la juventud: un trabajo entregado, desinteresado, de altas miras.

Empecemos por las resonancias rodonianas como modelo de realidad vital en la conformación de las *Memorias*. Para cuando Henríquez Ureña comienza la redacción de éstas, es un hecho que ya ha leído cuidadosa y apasionadamente la obra célebre del maestro uruguayo, así lo demuestra el breve pero sustancioso ensayo con fecha de 1904 dedicado al *Ariel*, incluido en su primer libro, *Ensayos críticos* (1905), escrito cuatro años antes de que comenzara la redacción de las *Memorias*.

En este ensayo sobre Rodó, el crítico dominicano pone énfasis en el tema central que hará del *Ariel* una obra tan importante para el pensamiento latinoamericano en la primera mitad del siglo XX: la juventud, ya no concebida como una masa inmadura que aún no tiene el criterio suficiente para regir su vida, sino todo lo contrario, la juventud como sujeto histórico apto para cambiar el rumbo histórico de su vida individual y social. Con Rodó se reafirma en América el tópico de la juventud como salvadora, como aquella que aún tiene la fuerza suficiente para emprender magnas obras, que es todavía capaz de soñar y, por tanto, de tener siempre presente como horizonte el porvenir. Ante la siguiente frase del maestro uruguayo: “Yo creo que América necesita grandemente de su juventud”, Henríquez Ureña comentará:

Es así, puesto que para nuestros pueblos es crítico este momento histórico en el que la ley de la vida internacional le impone ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los lanzará en una dirección feliz. La juventud posee las fuerzas nuevas¹⁸.

¹⁷ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo. «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña». En *Cuadernos americanos*, núm. 90, México, 2001, pp. 143-179.

¹⁸ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «Ariel». En *Ensayos críticos, Obra crítica*. FCE, México, 2001. p. 25.

Cuando Rodó habla de “juventud” lo hace en dos sentidos. Por un lado, se refiere a los seres humanos que en ese momento son, en el sentido estricto de la palabra, jóvenes; por otro, la “juventud” como temperamento, como una actitud vital propia de un pueblo:

La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir¹⁹.

Ariel establece lo que significa ser joven y el *deber ser* que conlleva (a la vez que se explica que esos rasgos característicos, si se les cultiva con constancia, pueden resultar un *modo de ser* a lo largo de la vida): “*Ariel* es la razón y el sentimiento superior. *Ariel* es este sublime instinto de perfectibilidad [...]”²⁰. El sentimiento superior radica en el “instinto de perfectibilidad”, que Pedro Henríquez Ureña llamará en uno de sus más agudos ensayos, “El descontento y la promesa”, “el ansia de perfección”. La noción de sujeto no sólo tiene relación con la tradición helénica, sino también con la concepción rodoniana de sujeto, que tenía igualmente anclaje en la tradición clásica. La juventud, cual el espíritu mágico e inquieto que es *Ariel*, debe poseer esa “ansia de perfección” que le obligue constantemente a tener en vista el porvenir, su capacidad de soñar le debe servir como impulso para trabajar por construirlo:

Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo²¹.

La confianza en la perfectibilidad humana, en la “posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida”, reside en que su arma para conseguirla está a su alcance: es su propio esfuerzo. Por eso, para Rodó

¹⁹ RODÓ, José Enrique. *Ariel/Motivos de Proteo*. Ayacucho, Caracas, 1976. p. 6.

²⁰ RODÓ, José Enrique. *Ariel/Motivos de Proteo*. p. 53.

²¹ RODÓ, José Enrique. *Ariel/Motivos de Proteo*. pp. 9-10.

un trabajo entregado es fundamental para que la juventud pueda hacer realidad la utopía americana²².

En las *Memorias*, el modelo de juventud planteado por José Enrique Rodó en el *Ariel* es vital. Posibilitará la forma en que el Pedro Henríquez Ureña del presente de la escritura se mira a sí mismo en el pasado y estructura los hechos acaecidos. Los recuerdos que elige contar se corresponden con él: son recuerdos que organizan la historia de cómo el niño Pedro va perfeccionándose intelectualmente a partir de su propio esfuerzo hasta llegar a su momento actual, donde se pone a prueba qué tanto el joven Ureña es (o no), ese modelo.

Cito nuevamente un fragmento antes referido:

*Descubrí que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas (mi madre me habló mucho de éstas). [...] Al mismo tiempo, comencé a redactar, manuscrito, un periódico con el nombre de *La Patria*: ocho paginitas, conteniendo tres o cuatro poesías ó artículos, cada semana²³.*

Una de las “prendas del espíritu joven”, según Rodó, aparte de la esperanza, es el entusiasmo, que sirve de impulso motor para el movimiento. Es de notar la gran pasión que le inspira al futuro escritor el descubrimiento de las letras y lo que esta emoción provoca: la idea de dos grandes proyectos de carácter patriótico. Este entusiasmo pone en escena un tipo de trabajo, que es concreto, constante y dedicado, como aconsejaba el Próspero uruguayo. El periódico *La Patria* es un trabajo regular: ocho páginas semanalmente.

Aquel recuerdo de la infancia es anuncio de lo que vendrá después: se suceden, de forma vertiginosa y atiborrada, una serie de datos que nos dan cuenta del

²² Ahora, es importante no obviar el hecho que, pese a esta gran confianza que Rodó depositó en la juventud, cuando hablaba de ella, no se refería a toda la juventud, sino sólo a algunos jóvenes que podían aspirar a ser el Ariel que Rodó tenía en mente. Dirá al respecto de ello Oscar Terán: “[e]ste esquema reitera un paradigma ampliamente difundido en esas décadas en Latinoamérica, que no es sino el de una república aristocrática tutelada por una activa ‘autoridad moral’”. TERÁN, Óscar. «El *Ariel* de Rodó o cómo entrar en la modernidad sin perder el alma». En WEINBERG, Liliána (coord.). *Estrategias del pensar I*. CIALC/UNAM, México, 2010. p. 57.

²³ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. pp. 39-40.

“instinto de perfectibilidad”, como las lecturas emprendidas entre la adolescencia y la juventud en la casa de las Feltz, donde Ibsen se le manifiesta en toda su grandeza y complejidad psicológica y en cuya lista de obras leídas también figuró el *Ariel* rodoniano:

Las Feltz, que por entonces contaban alrededor de treinta años (una más y otra menos), habían sido siempre amigas de la casa; y Leonor, que es hoy la mujer más ilustrada de Santo Domingo, fue siempre la discípula predilecta de mi madre. Bajo su influencia y estímulo, comenzamos una serie de lecturas que abarcaron algunos campos diversos: el *Ariel* de José Enrique Rodó nos hizo gustar del nuevo estilo castellano [...]; leímos a D'Annunzio, en las traducciones francesas de Georges Herelle; releímos Shakespeare, en la traducción castellana de Mac Pherson; recorrimos diversas épocas del teatro español [...] Pero lo que vino á dar carácter á aquellas reuniones y á aquellas lecturas fue el descubrimiento (sí, para nosotros no fue menos cosa) de Ibsen²⁴.

Como se puede observar, las lecturas emprendidas se hacían de forma meticulosa, fijándose en las traducciones que se consultaban cuando no se podían leer en lengua originaria y eligiendo obras vastas y diversas de la literatura universal. Al evocar este tipo de detalles aparentemente nimios, Henríquez Ureña deja ver tanto lo que leía como su metodología de lectura: cuidadosa y atenta a lo que se lee, a las traducciones y a las ediciones críticas.

Los círculos de lectura en casa de las Feltz rendirán sus propios frutos más adelante, cuando el joven ensayista reúna los trabajos que conformarán su primer libro, *Ensayos críticos*, en 1905, donde aparecerá un trabajo sobre el poeta italiano, “D'Annunzio, el poeta”, y otro sobre la recién publicada obra de Rodó, “*Ariel*”. A propósito sus *Ensayos críticos*, relatará no sólo las condiciones de su publicación, sino la recepción de éste, de gran importancia para poder evaluar sus logros:

Mientras tanto, mi libro *Ensayos críticos* había corrido buena suerte. La prensa de Cuba, si no se ocupó en él como en otros libros cuyos autores tenían más amistades que yo, habló de él, sin embargo, lo suficiente [...]. En México sólo hablaron del libro unos cuantos periódicos de importancia secundaria [...]. Lo que más me satisfizo fueron las cartas de estímulo que recibí de algunas personalidades: Ricardo Palma (Lima), Juan Zorrilla de San

²⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. pp. 61-62.

Martín (Montevideo), José S. Chocano (desde Madrid), Ricardo Jaimes Freire (desde Tucumán), Numa Pompilio Llona (Quito), José Enrique Rodó (Montevideo), Justo A. Facio (San José de Costa Rica), Gil Fortoul (desde Berlín), y otros²⁵.

La extensa relación de nombres apunta, a su vez, la importancia que para el joven ensayista tenía, como parte de su misma formación, la creación de vínculos con otros estudiosos de la literatura. Otras cosas que enumerará, más que relatar, son los centenares de obras de teatro a las que asistió en Nueva York y en México; las distintas revistas que fundó y en las que participó, los círculos intelectuales en los que se formó.

Ahora bien, pese a la filiación del crítico dominicano a la propuesta rodoniana de trabajo intelectual, no se podría decir que siguiera sus preceptos de forma acrítica. Desde su ensayo “*Ariel*” hace ciertos matices a los planteamientos del maestro uruguayo. Al hecho de que el *Ariel* se dirija a la juventud, apuntará: “Desde luego, se dirige a una juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos”²⁶. Asimismo, en las *Memorias* se distancia del profundo sentimiento anti-yanqui planteado en el *Ariel* a causa del utilitarismo norteamericano. Cuando llega por vez primera a Estados Unidos en 1901, dirá:

Mis impresiones se atropellaban un poco, y yo las veía todas á través del prejuicio anti-yankee, que el *Ariel* de Rodó había reforzado en mí, gracias á su prestigio literario; no fue sino mucho después, al cabo de un año, cuando comencé a penetrar en la verdadera vida americana, y a estimar su valer²⁷.

El distanciamiento no será total: Henríquez Ureña aprende a apreciar elementos de la cultura y las artes norteamericanas, colocándolas al lado de otras obras de gran valer universal, no obstante, no estará de acuerdo con la postura imperialista estadounidense que cae, como expresará muchos años después en su ensayo “Patria de la justicia”, en la gran paradoja de anunciarse como el país democrático por excelencia y ser, al mismo tiempo, el país

²⁵ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. pp. 102-103.

²⁶ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «*Ariel*», p. 24.

²⁷ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 66.

menos libre a causa de la gran opresión y explotación en que se mantiene a las mujeres y hombres.

El modelo de juventud articulado en el *Ariel* le permite articular y dar unidad a la serie de hechos informes que han conformado su vida, pues seguir un molde “no significa una estricta observancia del modelo o una forma servil de *imitatio*, sino referencia a una combinación, a menudo incongruente, de textos posibles que sirven al escritor de impulso literario y le permiten proyectarse al vacío de la escritura, aun cuando esa escritura concierne directamente al yo”²⁸.

Su ensayo sobre el *Ariel* cierra con una cita del poeta dominicano Gastón Deligne que dice: “¡Mira tanto, y tan lejos, la esperanza!”, cuyo verso aparece en un poema titulado “Muerta” que, curiosamente, está dedicado a Salomé Ureña, la madre de Pedro, después de su muerte²⁹. De aquí transitamos al otro modelo de la realidad vital en las *Memorias*, que concierne a su “universo familiar”, con especial énfasis en su madre, que tendrá el papel de preceptora.

Volvamos, de nueva cuenta, a nuestra cita principal, donde el niño Henríquez Ureña se decide por el estudio de la literatura. Ese momento que el muchacho de 25 años considera que fue resolutivo para toda su vida está ligado a lo intelectual al mismo tiempo que al espacio familiar: el padre preside la reunión, la madre se le evidencia como “poetisa afamada” y se vuelve un impulso para hacer de la literatura, en especial de la poesía, su “afición favorita”. En ese sentido, Salomé Ureña cumple la función esencial de iniciadora en la vocación literaria de su hijo.

Este encuentro del yo autobiográfico con la literatura es trascendental y sumamente peculiar en el caso de nuestro autor.

A menudo se asocia la lectura con un mentor. [...] En el siglo XIX, el papel lo desempeña casi siempre un hombre, ya que la lectura se asocia con lo masculino y con la autoridad. [...] Con el transcurso del tiempo, cambian los

²⁸ MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. p. 27.

²⁹ DELIGNE, Gastón F. «Muerta». En *Galarippos*, prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Librería Dominicana, Santo Domingo, 1963. p. 106-110.

mentores asociados a la escena de la lectura. En las autobiografías del siglo XX, las mujeres sí llegan a ser figuras significativas, culturalmente influyentes e, incluso, a veces, dotadas de autoridad cultural³⁰.

Singular es el rol que desempeña Salomé Ureña: es una mujer que, en el siglo XIX, tiene la autoridad moral e intelectual suficiente como para guiar a su hijo por el sendero de las letras. Esta situación extraordinaria en la que el hijo ve a la madre con un carácter sumamente activo, capaz de bellas creaciones literarias y elevado pensamiento, jugará su papel en la configuración de la idea de la mujer en la obra de Pedro Henríquez Ureña: es después de que el niño Ureña descubre que su madre es una poeta reconocida cuando empieza a “formar dos pequeñas antologías, de *poetisas* dominicanas y de poetisas cubanas” porque la madre le había *hablado* mucho de ellas. En una etapa más madura de su producción intelectual, cuando escribe *Las corrientes literarias en la América hispánica*, las mujeres que escriben tendrán un lugar en la historia literaria de nuestra América: “*Y tampoco las mujeres vivían todas en ociosidad mental*: Eugenio de Salazar menciona a la ‘ilustre poeta e ilustre señora Doña Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo’, aunque no da muestras de su obra [...y menciona a otras escritoras]”³¹. (cursivas mías)

El mismo hijo reconocerá en la madre dicha labor de preceptora. En las *Memorias*, al morir Salomé Ureña, escribirá:

Las impresiones de aquellos dos meses y aquel día llenaron mi espíritu por largo tiempo. Mi madre había llegado á ser para mí la guía espiritual consultada á cada minuto; y todavía en Puerto Plata, después de dos años transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos

³⁰ MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. p. 30.

³¹ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. FCE, Bogotá, 1994. p. 56. Me parece importante resaltar este aspecto del pensamiento ureñista no sólo por lo que de avanzada representa para su época, sino porque esta concepción de la mujer permitió que en sus obras historiográficas emprendiera valiosos rescates de numerosas escritoras, desde la época colonial, que muchos más estudiosos de la literatura habían marginado. Evidentemente, este pensamiento no escapaba a sus propias contradicciones, tal como se muestra en algunas epístolas con Alfonso Reyes, en donde el dominicano habla de su esposa, Isabel Lombardo Toledano, como de un ser infantil, poco activo, incapaz de tomar decisiones.

estrofas á una composición comenzada en 1890, completándola y titulándole *Mi Pedro*³².

No es gratuita en absoluto la alusión al poema “Mi Pedro”. Como apunta Guillermo Piña-Contreras, “[e]se poema puede ser considerado como visionario y al mismo tiempo como el proyecto de una madre con respecto al deseo de lo que quería que su hijo fuera en el futuro”³³. Asimismo, muestra que el Henríquez Ureña autobiógrafo se apropia de ese mismo proyecto. Citemos la primera estrofa del poema:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.³⁴

Este fragmento muestra el programa que el mismo Henríquez Ureña trazó para sí mismo vía el pensamiento de su madre, sobre todo si pensamos que su lucha emprendida por la reivindicación de la independencia intelectual de los americanos fue desde la trinchera de las letras. Las siguientes estrofas son igualmente reveladoras de este plan íntimo y familiar:

¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus juegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.
Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

³² HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 43.

³³ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo. «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña». p. 160.

³⁴ UREÑA, Salomé. «Mi pedro». En *Poesías completas*. Impresora dominicana, Ciudad Trujillo, 1950. p. 186.

Salomé Ureña había escrito numerosas poesías de índole patriótica, ya que el patriotismo tuvo un eco peculiar como tema en la literatura dominicana debido a las constantes amenazas intervencionistas que ponían en riesgo la frágil independencia. Recuerda el autobiógrafo dominicano que a los tres años había escuchado decir a varios amigos de la familia la palabra “patria” y dice: “pregunté a mi madre el significado; me contestó: ‘Ya te lo diré después’ y escribió una poesía sencilla, ¿*Qué es Patria?*?, en la cual explicaba a mi inteligencia infantil la noción [...]”³⁵. La Sociedad a la que asistían los padres tenía esa misma perspectiva: llevaba por nombre “Amigos del País”. El ensayista dominicano decide asumir ese legado heredado por sus padres y convertirse, al igual que ellos, en “Amante de la patria” y del progreso. Tal lo evidencia el título del periódico que inicia a los doce años: “La Patria”. Claro está que su concepción de “Patria” no fue la misma desde la infancia hasta la muerte, ni la idea de progreso de raigambre positivista hostosiana, pero fue un tema que, aunque mutando de forma constante, se mantuvo como problemática a reflexionar a lo largo de su vida³⁶.

Con estas analogías entre la poesía de Salomé Ureña y el camino intelectual que siguió nuestro autor no trato de leer el poema como una especie de destino condicionado por los versos de la madre, al contrario, trato de hacer

³⁵ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 30-31.

³⁶ Dice en las *Memorias*: “Ricardo Gómez era devoto de Schopenhauer y le era intolerable el positivismo. Yo, en cambio, estaba en plena época positivista y optimista; y muchas veces discutimos, sin que yo cediera en mis trece. Con Rubén Valenti también comencé a discurrir sobre filosofía, y él, que leía revistas italianas y gustaba del naciente movimiento pragmatista, me despertó la afición por las nuevas tendencias, que yo veía ya mencionadas en las revistas europeas.”, pp. 109-110. Y más tarde: “En el orden filosófico, he ido modificando mis ideas, á partir, también, del mismo año 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel [...]. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra que se interpretó mal desde Comte); y a nadie conocía yo que hiciera otra metafísica que la positivista, la cual se daba ínfulas de no serlo. Por fortuna, siempre fui adicto á las discusiones; y, después que los artículos de Andrés Gómez Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas. Por fin, una noche á mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo: Valenti alegó que aun la ciencia estaba ya en discusión; y con su lectura de revistas italianas nos hizo citas de Boutroux, de Bergson, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica, que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo.”, pp. 124-125. HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*.

visible que el mismo Henríquez Ureña elige seguir ese sendero. “El texto no hubiera tenido importancia si Pedro no hubiera tomado tan en serio esos versos”³⁷.

Salomé Ureña es también modelo de justicia, de un pensamiento no totalitario, sino abierto a la heretogeneidad. Hay en las *Memorias* una anécdota infantil al respecto:

[E]n alguna ocasión en que nuestras carreras y excursiones por patios y techos (pues las aficiones literarias no nos impedían irnos a lugares distantes de la casa á correr, saltar y trepar) provocaron cierta riña de palabras con unos muchachos y jóvenes judíos de alguna casa vecina, insulté á éstos llamándoles judíos y temerosos de la carne de cerdo; de lo cual se enteró mi madre, y me reprendió *haciéndome ver que, de un modo u otro, todos los hombres adoraban á la divinidad y que era incultura notoria censurar á las gentes su religión*. Mi impresión (lo recuerdo) fue de estupor al ver que no había caído antes en la cuenta de lo que ahora me explicaban.³⁸ (cursivas mías)

El joven Pedro había sido educado, como también relata, en el agnosticismo, sin embargo, la madre, lo mismo que el padre, le enseña a no censurar las ideas ajenas por ser distintas a las suyas: “Mi padre siempre ha sido agnóstico. Por todo esto, jamás se me impusieron ideas en pro de la religión ni menos en contra”³⁹.

El lugar que ocupa lo heterogéneo como categoría para pensar la literatura latinoamericana será central en la obra de Henríquez Ureña⁴⁰. Tal se muestra, por citar sólo un ejemplo, en el capítulo I de *Las Corrientes literarias*, donde se expone la formación de una sociedad americana nueva (1492-1600) y sus repercusiones en la producción cultural, especialmente la literaria:

³⁷ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo. «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña». p. 161.

³⁸ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 41-42.

³⁹ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 33.

⁴⁰ La noción de lo “heterogéneo” en Pedro Henríquez Ureña no tiene aún los matices que introducirá décadas después en sus trabajos sobre “heterogeneidad cultural” el crítico de la literatura peruano Antonio Cornejo-Polar, pero me parece que es un planteamiento que, sin nombrarse así, sigue una línea similar.

Con todo, la que había sido al principio *sociedad heterogénea de la América hispánica* produjo, con el tiempo, un nuevo tipo de hombre, un tipo predominante, aunque todavía no general: el *homen novo* del sociólogo Euclides da Cuhna, el “nuevo indígena” del poeta José Joaquín Pérez. *No se trata de una raza, claro está, ni si quiera de una particular mezcla racial, sino del resultado de muchas generaciones de hombres de distinto origen que han vivido juntos y bajo las mismas condiciones*. El resultado, como dice Ricardo Rojas, no de un *ethnos*, sino de un *ethos*.⁴¹ (Cursivas mías)

El *homen novo* mencionado no es una fusión de razas. Cuando habla del hombre de la América hispánica se refiere a él como una unidad de gente diversa, conformada por una cultura compartida. Es importante notar el desprestigio de la noción de “raza”, que lo aleja de postulados como los vasconcelistas y lo acerca más a la manera de pensar de José Martí, quien dice que “[n]o hay odio de razas, porque no hay razas”⁴². El problema de lo heterogéneo es cifrado por el dominicano en la anécdota donde Salomé Ureña es mostrada como una persona capaz de entender la diferencia entre los seres humanos y sus religiones.

La poeta dominicana, además de “modelo de realidad vital”, influye notoriamente como un personaje en la estructura narrativa de las *Memorias* y en la actitud del Pedro Henríquez Ureña personaje. La primera parte de las *Memorias*, que abarca desde el nacimiento de Pedro hasta la entrada a la adolescencia, es sumamente peculiar en tanto que, a diferencia del resto del libro, la mayoría de las cosas contadas tienen que ver con la familia del pequeño Pedro: relata quiénes fueron sus abuelos, quiénes sus padres, así como sus primeras incursiones en el estudio pues, según cuenta, aprendió a leer antes de cumplir los cuatro años. En general, las anécdotas son felices y hasta graciosas. Sin embargo, después de la muerte de Salomé Ureña, los acontecimientos se vuelven, por decirlo de algún modo, menos “íntimos”. Todo lo que se cuenta de ahí en adelante parecen hechos impersonales: enumeraciones interminables de lecturas realizadas, de asistencias a obras de teatro o a conciertos de música y demás.

⁴¹ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. p. 45.

⁴² MARTÍ, José. *Nuestra América*, edición de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010, p. 15.

Esta inflexión se nota incluso en el lugar que ocupa dentro del entorno escolar el niño Pedro, quien, después de haber sido educado de forma independiente por sus padres, por algunos otros instructores particulares y por su madre en el Instituto de señoritas que ella dirigía, es inscrito en un recién abierto Liceo Dominicano (1895), dirigido por Emilio Prud'homme. Pese a que es la primera vez que Pedro asiste a la escuela de manera formal, declarará: “mi experiencia en el Liceo fue agradable: [...] fui siempre alumno distinguido, y nadie me molestó en cosa alguna”⁴³. La percepción del Liceo en aquella etapa de su vida está asociada a elementos positivos: sensitivamente, agradable; en lo personal, alumno distinguido; en lo colectivo, no tuvo problemas con nadie.

Sin embargo, al morir la madre, el mismo Liceo será apreciado de forma contraria: “*Después de la muerte de mi madre*, permanecemos unos cuantos meses en Santo Domingo, y concurrí de nuevo al Liceo Dominicano, del cual fui desde entonces mal alumno”⁴⁴ (cursivas mías). Luego de eso, emprende un viaje con su padre al Cabo Haitiano y a la vuelta, declara: “Al volver á Santo Domingo, iba, como dije, nuevamente al Liceo Dominicano: volví a estudiar allí, en efecto, pero ya no era el alumno distinguido, pues había llegado á perder interés por la ciencia, y además comencé á sufrir con el trato de los alumnos”⁴⁵. La impresión del Liceo está ahora asociada a componentes negativos: sensitivamente, desagradable; en lo individual, pasa de “alumno distinguido” a “mal alumno”; y en lo colectivo, de no tener problemas con nadie, comienza ahora a “sufrir el trato de los alumnos”. Hay un cambio notable en el dominicano a partir de la muerte de la madre, quien percibe de forma distinta su mundo y el lugar que ocupa dentro de él.

El personaje de Salomé Ureña es modelo de realidad vital para el Pedro Henríquez Ureña narrador, así como móvil de acción para el personaje. Incluso en ausencia, la madre sigue siendo presentada como impulso vital que incentiva el crecimiento intelectual de Pedro:

⁴³ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 38.

⁴⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 46.

⁴⁵ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 52.

Comencé entonces una actividad literaria febril, *cuyo centro era el recuerdo de mi madre*; formé una antología de escritoras dominicanas, con biografías y juicios, en la cual figuraban las poetisas Encarnación Echavarría de Delmonte, Josefa Antonio Perdomo, Josefa Antonia Delmonte, Isabel Amechazurra de Pellerano, Virginia Ortea, la novelista Amelia Francasci, la joven puertoplateña Mercedes Mota, y las discípulas de mi madre [...]. *Pero mi continuo afán por el recuerdo de mi madre* y mi interés por la poesía dominicana me hicieron concebir un proyecto: el de escribir la historia de la poesía dominicana. La documentación, por supuesto, la tenía ya: la informe Antología de Max; la más escueta hecha por mí⁴⁶; los tomos de versos publicados por algunos poetas; la colección *Lira de Quisqueya* publicada en 1874; y por último, la Antología de poetas hispano-americanos, con prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo [...].⁴⁷ (cursivas mías)

La actividad literaria es el modo en que el joven puede acercarse a la figura faltante de su madre, el modo de convertirla en presencia y a la vez en representación de la escritura femenina dominicana y de la poesía nacional. La poeta dominicana, en la perspectiva del *yo* autobiográfico que narra en las *Memorias*, es símbolo del patriotismo, de la literatura en general y de la poesía en particular, del reconocimiento de lo heterogéneo. De esta forma, el autobiógrafo dominicano transporta lo familiar y lo íntimo al espacio de lo intelectual, generalmente considerado como parte del espacio público.

Además de Salomé Ureña, el momento en que se lleva a cabo el acto de revelación literaria es durante una reunión de la Sociedad “Amigos del país”, un espacio colectivo que es, a la vez, un espacio familiar. Es necesario mencionar que, antes de este suceso, el futuro escritor ya había tenido gran inclinación por la literatura, en especial por el teatro, no obstante, la carencia latente era la falta de compañeros para llevar a cabo empresas en grupo:

Mis aficiones literarias, y las de mi hermano Max, que iban siempre paralelas con las mías, comenzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales. [...] Bastó, empero, que concurriéramos al teatro unas cuantas veces [...] para que estas aficiones cobraran un vuelo extraordinario, y pasáramos Max y yo todo el día pensando en el teatro y tratando de reproducirlo. *Habríamos querido ser nosotros mismos actores*;

⁴⁶ En páginas anteriores relata la formación de estas dos antologías hechas por los hermanos Ureña en su infancia y bajo la dirección de Salomé Ureña.

⁴⁷ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. pp. 46-47.

pero el deseo se estrellaba ante la falta de compañeros, y durante mucho tiempo nos dedicamos a hacer teatro de muñecas, movidos por nuestras manos. Los dramas en cuestión los decíamos de memoria, y en abreviatura⁴⁸. (cursivas mías)

En la narración de esos dos recuerdos se configura lo que implica la literatura para Henríquez Ureña: más que un acto de leer individualmente, es un fenómeno social, un acto de comunidad y encuentro con los otros. El teatro se muestra como algo fascinante que comparte con su hermano Max, pero se frustra en su totalidad ante la falta de más compañeros. Pese a que el teatro es el primer gran incentivo para adentrarse en el mundo de las letras, el ingrediente faltante lo encuentra en la reunión celebrada por los “Amigos del País”. Por ello, es significativo que dentro de los grandes proyectos intelectuales del dominicano siempre estuviera presente la formación de sociedades o comunidades literarias, de hecho “[l]a actividad intelectual de Pedro en México, unos años más tarde, no es más que una reproducción de lo que había visto hacer durante años en su universo familiar. Lecturas compartidas y discusiones intelectuales constituían los juegos infantiles de los hermanos Henríquez Ureña”⁴⁹.

El Ateneo de la Juventud, antes Sociedad de Conferencias (1907) y después Ateneo de México (1912), fundado en 1909 por un grupo intelectuales mexicanos y por algunos extranjeros, como Pedro Henríquez Ureña, fue una de las experiencias más gratificantes del escritor dominicano porque permitía este tipo particular de ejercer la labor intelectual. Un comentario de Gabriel Zaid en torno al grupo ateneísta da cuenta de este modo de operar del grupo:

Extrañamente, en la tradición mexicana, el Ateneo fue un grupo sin revista: no sintió la necesidad de tener un órgano impreso. Actuó por vías extra editoriales: manifestaciones callejeras, discursos, veladas, exposiciones de pintura, conferencias [...] parecen haberle dado menos importancia a la revista que al mitin, el foro, la cátedra, la tertulia, el salón, el banquete, el parlamento, la grilla.⁵⁰

⁴⁸ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. pp. 34-35.

⁴⁹ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo. «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña». p. 165.

⁵⁰ Gabriel Zaid citado en CURIEL, Fernando. *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. UNAM, México, 1999. p. 24.

No es que los ateneístas no consideraran importantes las revistas como un medio de primer orden para la difusión de ideas estéticas o filosóficas: la mayoría de ellos participó con constancia en este tipo de publicaciones, como bien lo muestra el índice de *Savia Moderna* (1906), revista a la que fueron muy cercanos numerosos miembros de la otrora Sociedad de Conferencias; aparte, en el “Proyecto de Estatutos del Ateneo de la Juventud”, redactado en noviembre de 1909, en el apartado donde se especifica el destino de los fondos monetarios se dice que, entre otras cosas, es para el financiamiento de la revista⁵¹. Es decir, lo tenían contemplado dentro del proyecto, empero, como bien apunta Zaid, le dieron prioridad a otro tipo de actividades que tienen todas ellas en común el permitir un diálogo en presencia, de cara a cara, de viva voz (cátedras, tertulias, banquetes, conferencias). Su forma de aprender fue en compañía, al lado de otros que compartían los mismos intereses “espirituales”. Acerca de este estilo de trabajo, dirá Pedro Henríquez Ureña –haciendo alusión a la proyectada jornada de conferencias sobre temas griegos que, no obstante el esfuerzo y por razones del contexto nacional, no llegó a realizarse–:

Y bien, nos dijimos: para cumplir el alto propósito es necesario estudio largo y profundo. *Cada quien estudiará su asunto propio; pero todos unidos leeremos o releeremos* lo central de las letras y el pensamiento helénicos y de los comentadores... Así se hizo; y nunca hemos recibido mejor disciplina espiritual⁵². (cursivas mías)

Y enseguida evocará la célebre velada ateneísta en que el grupo dio lectura al *Banquete* de Platón:

Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete* de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibiades, como los estudiantes de que habla Aulio Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la*

⁵¹ CURIEL, Fernando. *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. p. 229.

⁵² HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «La cultura de las humanidades». En *Obra crítica*. FCE, México, 2001. p. 598.

calle, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad⁵³.

“Cada quien estudiará su asunto propio; pero todos unidos leeremos y releeremos lo central de las letras y el pensamiento helénicos”. ¿Por qué, si cada quien hacía las lecturas programadas, a la vez que trabajaba en sus estudios particulares, era necesaria esa lectura de “todos unidos”? Una tarea doble era ésta: horas de estudio en soledad para luego tener horas de estudio en conjunto. Las primeras permitían esa concentración tan necesaria para la comprensión cabal y cuidadosa de un texto; las segundas hacían que las primeras se tornaran fascinantes: las palabras escritas por Platón ahora adquirían volumen, entraban por los oídos, se volvían gesto en cada uno de los lectores que, emocionados, ansiaban que les “tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea.” El grado de fascinación y abstracción de este acto comunitario se vuelve tal, que la evocación de Henríquez Ureña pone en contrapunto el tiempo de la lectura con el tiempo percibido de ella para hacer más vívida la sensación que desea transmitir. Tiempo objetivo: “le lectura duró acaso tres horas”, sin embargo, “nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle*”, o sea, de los minutos y horas contadas por las manecillas del reloj que transcurrían sin que los estudiosos se pecataran de ello. Con la lectura parecen salirse del tiempo y del espacio: ya no se escuchan los ruidos de “la más populosa avenida de la ciudad”, sólo la palabra del lector en turno; las tres horas transcurridas dejan de existir, sólo existe el tiempo del banquete filosófico. La lectura en comunidad logra así el encuentro intelectual y espiritual con los otros.

3. Lo intelectual como espacio de intimidad

Podría pensarse que las *Memorias*, pese al gran valor documental que ofrecen con respecto al contexto social y cultural en el cual estuvo inmerso su autor, no aportan mucho para que podamos completar la idea de su personalidad. Los eventos narrados, sobre todo los que le siguen a la muerte de Salomé Ureña, como ya he mencionado antes, más que considerarse íntimos, parecen

⁵³ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «La cultura de las humanidades». p. 598.

ser sólo enumeración de datos que ocultan totalmente la identidad de su autor: enumeración de lecturas realizadas; descripción de obras teatrales, conciertos musicales y óperas celebradas en la época en que él y su hermano Max se encontraban en Nueva York; recuento de nombres de los intelectuales que, junto con él, formaron la Sociedad de Conferencias, luego Ateneo de la Juventud; relatos de acontecimientos importantes para la vida cultural de México, como la protesta en defensa de Gabino Barreda o la protesta literaria en defensa de la auténtica *Revista Azul*, fundada por Manuel Gutiérrez Nájera, y que ahora “renacía” bajo la dirección de Manuel Caballero, con el mismo nombre, pero “muy mal escrita y con un programa en que se atacaba a los escritores *modernistas*”.⁵⁴

La “poca intimidad” con que son tratados los sucesos nos lleva a tener ciertas consideraciones genéricas, específicamente las diferencias existentes entre autobiografía y memorias. Como se ha podido observar por mis fuentes teóricas y el tipo de análisis que realizo de las *Memorias*, he estudiado el texto como si fuera una autobiografía. Los motivos para hacerlo se ligan a esta misma discusión teórica.

Con distintos matices, las y los teóricos de la escritura autobiográfica han coincidido en que la distinción fundamental entre los dos géneros es que la autobiografía tiene un carácter más reflexivo en torno a los sucesos vitales relatados y hay un intento de configuración del *yo* que escribe; mientras que en las memorias, la perspectiva desde la cual se miran y relatan los sucesos es más lejana o “externa”. La autobiografía, dadas esas condiciones, permite mucho mejor un movimiento de Narciso: mirarse a sí mismo y a su interior; cultivar, mediante las palabras, la personalidad. Cito la definición de Philippe Lejeune, por ser ésta bastante clara y esquemática, aunque no libre de objeciones: la autobiografía es un “[r]elato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad”.⁵⁵ Las memorias, según el mismo Lejeune, poseen todos los elementos antes descritos excepto que no ponen el acento suficiente en la historia de la personalidad, sino en

⁵⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 114.

⁵⁵ LEJEUNE, Philippe. «El pacto autobiográfico». p. 48.

los acontecimientos que rodean al enunciador del discurso, quien parece más un observador de los eventos históricos de su época que un participante de ellos; parece más el sujeto que mira a través de la ventana y no el sujeto mirado.

Dada la naturaleza de los sucesos expuestos por Henríquez Ureña en las *Memorias* (infinidad de listas de fechas, eventos y nombres de personalidades) y la forma en que son tratados, su texto indica pertenecer al ámbito de las memorias, pues en este género, como señala Karl Weintraub, “el hecho externo se traduce en experiencia consciente, la mirada del escritor se dirige más hacia el ámbito de los hechos externos que al de los interiores. Así, el interés del escritor de memorias se sitúa en el mundo de los acontecimientos externos”⁵⁶. No obstante, pienso que en las *Memorias* hay una clara configuración de un *yo* y una conciencia de la escritura autobiográfica. En el inicio del texto, el crítico dominicano hace toda una reflexión del quehacer autobiográfico. Vale la pena citar *in extenso* para comentar a detalle:

Decía Benvenuto que no se debe escribir autobiografías ni memorias antes de cumplir los cuarenta años; porque hasta entonces no se tiene la serenidad bastante, ni se contempla perspectiva amplia. Pero creo que también entonces muchas cosas pasadas ya no se sienten, y pierden su color y su carácter; pues por eso acaso conviene, si se tiene afición á hacer recuerdos, poner por escrito muchos que el transcurso de una década podría hacer borrosos.

No creo que siempre, al escribir memorias, se piense en el público; antes creo que se las escribe muchas veces por el placer de hacer psicología, no tanto psicología propia, sino de preferencia la de los demás. Nietzsche desconfiaba de las autobiografías, porque las suponía compuestas; desconfiaba de San Agustín y de Rousseau; y sin embargo, escribió notas autobiográficas. [...] La autobiografía, desde luego, siempre resulta compuesta; pero así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ellas se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada falso. Sabemos que en las Memorias de Goethe faltan muchas cosas: todas las que resultaron inútiles para formar el Goethe que el mismo Goethe concebía y el que nosotros preferiremos a cualquier otro que á retazos fabriquen los eruditos. Las Memorias nos pintan el Goethe que se *realizó* en todos los momentos en que su vida y su ideal se fundieron y obraron de consuno. ¿Qué nos importan, pues, los momentos

⁵⁶ WEINTRAUB, Karl J. «Autobiografía y conciencia histórica». p. 19.

en que Goethe cedía a la presión de la vida ó las horas en que su pensamiento no tenía relación interesante con ella?

Yo estoy todavía lejos de los cuarenta años; voy á cumplir los veinticinco; pero ya he vivido lo bastante para temer que en mi memoria comiencen á formarse lagunas, y además tengo excesiva afición a *psicologizar*. Ya alguna vez emprendí un diario, cuando tenía quince años, en 1899, y lo continué hasta 1902; pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa. Pero ahora quiero componer (sí, *componer*) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias.⁵⁷

Lo primero que habrá que resaltar es que, al igual que muchos autobiógrafos, sobre todo del siglo XIX, el joven Pedro siente la necesidad de justificar el acto autobiográfico⁵⁸, contraviniendo, incluso, las máximas de Benvenuto, uno de los autobiógrafos más célebres. Su justificación va en dos sentidos: excusa una acción que podría parecer soberbia (“Yo estoy todavía lejos de los cuarenta años; voy á cumplir los veinticinco; pero ya he vivido lo bastante...”), con una razón humilde (“... para temer que en mi memoria comiencen á formarse lagunas”); por otra parte, afirma que no está pensando en la configuración de un público, que antes la escritura del texto es para él⁵⁹.

Singular es también el móvil que expone para el hecho de no publicar: “hacer psicología”, “no tanto psicología propia, sino de preferencia la de los demás”. Aquí, sin duda, se inclina hacia las características del género de las memorias, sin embargo, es importante observar las razones que da para destruir el diario escrito a los quince años: “pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa”. La balanza se inclina ahora hacia la autobiografía, porque la razón por la que considera

⁵⁷ HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 28-29.

⁵⁸ En el siglo XIX, por ejemplo, el argentino Juan Bautista Alberdi acusó a Sarmiento de egocéntrico por sus incursiones autobiográficas: “Ni usted ni yo, como personas, somos asunto bastante para distraer la atención pública”. Citado en MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. p. 193.

⁵⁹ No deja de ser curioso, de cualquier forma, que el manuscrito que se conserva de las memorias –que sirvió a la edición preparada por Alfredo A. Roggiano y a la del Fondo de Cultura Económica, preparada por Enrique Zuleta Álvarez– tiene agregados a mano de Henríquez Ureña –unas veces indicados por asteriscos, otras no–, lo que sugiere que necesariamente releyó el texto, lo corrigió, lo amplió: todo lo que hace alguien que escribe con conciencia autoral.

inservible aquel documento es porque apunta hechos lejanos a su vida personal. Oscila, entonces, entre uno y otro género.

Esto pone de manifiesto que los límites que hay entre memorias y autobiografía no son tan claros, además de que habrá que mencionar que aún en la primeras décadas del siglo XX no había una distinción tan evidente entre ambos géneros, es decir, por mucho tiempo los términos “autobiografía” y “memorias” funcionaron como sinónimos (incluso hoy no creo que esa distinción opere de manera totalmente diáfana fuera de los círculos de la teoría literaria y autobiográfica). Muchos autobiógrafos nombraron *Memorias* al relato íntimo de su vida (como el caso de Vasconcelos, por mencionar a un autor ya citado), y el mismo Henríquez Ureña en el fragmento antes referido llegará a usar ambas expresiones de manera indistinta: menciona la “autobiografía” de Rousseau, de San Agustín y de Nietzsche, pero al hablar de las *Memorias* de Goethe las aborda cual si fuera autobiografía. El teórico de la autobiografía Karl Weintraub hace una observación a su propia definición de “memorias”:

El lenguaje aquí utilizado sugiere claramente que la diferenciación entre la autobiografía y las memorias no puede ser rígida ni definitiva. Los tipos ideales, entendidos en el sentido de Max Weber, son como mecanismos heurísticos, como meros instrumentos conceptuales, siempre más puros que la compleja realidad que se supone que deben explorar. [...] Así, no es sorprendente encontrar en una zona intermedia del espectro muchas obras que son un híbrido entre las memorias y la autobiografía⁶⁰.

Puesto que, en muchos casos, el memorialista se toma atributos de autobiógrafo, mientras que, en otros, el autobiógrafo se aleja de su espejo para observar el mundo desde una perspectiva “externa”⁶¹. Estas interferencias existentes entre ambos géneros, como bien advierte George May, uno de los pioneros en el estudio de la escritura autobiográfica,

no son accidentales: pertenecen a la naturaleza misma de las obras. Por ejemplo, Saint-Simón, a quien se sitúa generalmente, en virtud de esta clase de distinciones entre los memorialistas, y quien incluso se considera el príncipe de los memorialistas, resiste pocas veces la tentación de

⁶⁰ WEINTRAUB, Karl J. «Autobiografía y conciencia histórica». p. 19.

⁶¹ MAY, George. *La autobiografía*. pp. 147-148.

intervenir en persona, de una manera o de otra, en su narración y de hacer algunas reflexiones⁶².

Algo similar pienso que sucede en las *Memorias*. La reflexión inicial en torno al acto autobiográfico es muestra de eso: no sólo cavila sobre lo que conlleva esta acción, sino que ofrece una poética de lo que va a escribir después, de lo que implican cada uno de los hechos narrados. El relato de la infancia es sumamente emocional y los recuerdos evocados van configurando la personalidad futura del joven Ureña. Después las *Memorias* empiezan a volverse más parcas en cuanto a testimonios íntimos y las enumeraciones comienzan a adquirir mayor relevancia. No obstante, el ojo personal no desaparece del todo, porque el autor no se pone en el lugar de testigo, ni intenta hacer labor documental de los sucesos que lo rodean. La importancia que le da a su propio perfeccionamiento intelectual “explica [...] el hecho sorprendente de que en un *Diario* [el que le sigue a las *Memorias*] donde se ha dado cuenta prolija de infinidad de acontecimientos menores, nada se diga del estallido de la Revolución mexicana de 1910”⁶³, “[e]n general, las *Memorias* y el *Diario* son relativamente parcos en la información o los comentarios sobre aquellos acontecimientos que Henríquez Ureña no protagonizaba más o menos directamente”⁶⁴. La línea entre memorias y autobiografía es difusa en el texto del autor dominicano, pero sin duda, un análisis que no repare en sus condiciones propiamente autobiográficas perderá parte de la configuración del *yo* que hace de sí Pedro Henríquez Ureña, ligada ésta a su desarrollo como estudioso de la literatura.

Más aún, pienso que esa misma ausencia de eventos considerados propiamente “íntimos” nos ayuda, paradójicamente, a completar una idea de la personalidad de su autor: reafirma el carácter reservado de Henríquez Ureña a la hora de tratar los asuntos propios en el espacio público; muestra la elección consciente de considerar importantes los sucesos que se refieren a cuestiones literarias (“Pero ahora quiero componer (sí, componer) una relación detallada de mi vida [...], especialmente en cosas literarias); por

⁶² MAY, George. *La autobiografía*. p. 145.

⁶³ ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. «Introducción». En HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*. p. 21.

⁶⁴ ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. «Introducción». p. 19.

último, hace visible que lo íntimo para él está atravesado por lo intelectual. Una carta del 3 de febrero de 1908 dirigida a su gran amigo Alfonso Reyes da cuenta de estas últimas aseveraciones:

Y en cuanto al trato de las gentes, ya te he dicho que *para mí una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual*, no realizándose de veras sino en un acuerdo moral. (Si te parece que extienda el acuerdo hasta sus consecuencias últimas, te diré que en efecto se realiza cierto acuerdo físico en la naturalidad con que acepto la presencia de una persona, lo cual probablemente es uno de los placeres latentes de que nos habla la psicología hedonista.) Pero, como el acuerdo intelectual puede realizarse con muy pocos, prefiero, con los demás, un acuerdo moral; esto es, *con los amigos que no quiero para íntimos* y con los familiares, que por lo general están en el mismo caso⁶⁵. (cursivas mías)

Sin duda una declaración que puede ser polémica⁶⁶, pero que nos ayuda a comprender que la labor intelectual para el maestro dominicano no estaba separada de las cosas más íntimas. Ya se ha visto en el apartado anterior cómo el trabajo en sus estudios literarios le sirve para acercar una figura tan entrañable para él como la de Salomé Ureña (“Comencé entonces una actividad literaria febril, cuyo centro era el recuerdo de mi madre”), o cómo el *Ariel* de Rodó se interioriza de modo tal que se vuelve eje narrativo y modelo de realidad vital en sus *Memorias*. Podemos concluir entonces que el

⁶⁵ En REYES, Alfonso; HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. *Correspondencia / 1907-1914*. FCE, México, 1986. p. 79.

⁶⁶ Pues podría albergar cierto aire elitista en cuanto a la idea de que ese pacto intelectual “puede realizarse con muy pocos”. Una de las cosas que poco se dicen en torno a la figura de Henríquez Ureña es la contraposición existente entre su generosidad fecunda con sus discípulos elegidos y su parquedad y distancia con aquellos que consideraba poco aptos para la labor intelectual. En diversos comentarios de la correspondencia con Alfonso Reyes, el maestro dominicano muestra la meticulosidad con que escogía sus amistades. En una nota al pie acerca de este mismo tema, dirá José Luis Martínez que “[d]irecta o indirectamente, Pedro Henríquez Ureña sometía a un examen intelectual a sus posibles amigos”. En REYES, Alfonso; HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. *Correspondencia / 1907-1914*. p. 82.

Quisiera también subrayar algunos elementos metodológicos vinculados al empleo de textos epistolares como materia de análisis. El fragmento que comento de la epístola dirigida a Alfonso Reyes resulta polémica por los elementos que he mencionado anteriormente, pero a mí me interesa, sobre todo, para recalcar que lo íntimo para Henríquez Ureña es lo intelectual. Los textos epistolares pueden, así, adquirir distintas funciones: pueden ser consideradas una obra artística, o bien nos permiten ver los procesos de los “proyectos, técnicas, dudas y problemas (incluso de indole editorial) que obras de mayor calado están causando en el momento de su redacción a un escritor. Desde este punto de vista las colecciones epistolares se convierten para el investigador en interesantes fuentes documentales”. PUERTAS MOYA, Francisco. *Como la vida misma. Repertorio de modalidades para la escritura autobiográfica*. Celya, Salamanca, 2004. p. 71. Es desde esta perspectiva que trabajo el fragmento citado.

trabajo intelectual es parte de su vida íntima. Los hechos considerados “externos” se interiorizan, se vuelven parte de su personalidad y parte, también, de su “universo familiar”. En correspondencia con esto, Guillermo Piña-Contreras señala que

[I]a conducta de Henríquez Ureña, en todos los órdenes de la vida, había sido trazada por sus padres desde la infancia en Santo Domingo. Ellos, a su vez, habían sido propagadores de las ideas positivistas del maestro puertorriqueño Eugenio María de Hostos. El positivismo hostosiano trataba de hacer hombres cabales, sin que la frontera entre la vida pública y la privada fuera perceptible, poniendo particular empeño en la moral⁶⁷.

El proyecto ureñista de perfección intelectual, perteneciente al ámbito de lo individual y lo íntimo, cobra una relevancia mayor. Como sostiene Weintraub, refiriéndose al momento de auge de la autobiografía en el siglo XIX:

el cultivo autoconsciente de la individualidad era lo mismo que vivir en el mundo con la conciencia histórica de ese mundo. [...] La comprensión de la individualidad sólo tiene sentido como una parte viva dentro del marco de la sociedad, de la cultura. El entendimiento de que el verdadero cultivo del propio yo y de nuestro mundo implica una responsabilidad hacia el yo y hacia el mundo⁶⁸.

Cuando un individuo considera importante escribir autobiografía, resalta la consciencia de su propia historicidad y su papel en el mundo como sujeto activo productor de cultura. Eso pese a que los autobiógrafos muchas veces disfrazan esa consciencia tras justificaciones como las que vimos al inicio de este apartado.

En las *Memorias* de Henríquez Ureña el afán de perfección trasciende los propios límites de lo individual y el proyecto vital e íntimo se volverá un proyecto colectivo: estudiar nuestra literatura con rigor, con disciplina. A partir de la narración de su vida se modela cómo *debe ser* el intelectual en nuestra América: esforzado, dedicado. Sólo así podremos continuar la labor de construcción que han iniciado, desde el siglo XIX, los hombres y mujeres que trabajaron por la emancipación de nuestra América.

⁶⁷ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo. «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña». p. 143.

⁶⁸ WEINTRAUB, Karl J. «Autobiografía y conciencia histórica». p. 33.

Bibliografía

AGUSTÍN, San. «*Las confesiones*». En *Obras* (tomo II), edición crítica y anotada por Custodio Vega, Ángel. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1955.

CURIEL, Fernando. *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. UNAM, México, 1999.

DELIGNE, Gastón F. «Muerta». En *Galarippos*, prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Librería Dominicana, Santo Domingo, 1963. pp. 106-110.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «La cultura de las humanidades». En *Obra crítica*. FCE, México, 2001. pp. 595-603.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. Alfonso Reyes. *Correspondencia / 1907-1914*. FCE, México, 1986.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. FCE, Bogotá, 1994.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «Ariel». En *Ensayos críticos, Obra crítica*. FCE, México, 2001. pp. 23-28.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. «La utopía de América». En *La utopía de América*. Ayacucho, Caracas, 1989.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. FCE, México, 2000.

LEJEUNE, Philippe. «El pacto autobiográfico». En LOUREIRO, Ángel G. (coordinador). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*. Núm. 29, México, 1991. pp. 47-61.

MARTÍ, José. *Nuestra América*, edición de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010.

MAY, Georges. *La autobiografía*. FCE, México, 1982.

MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Colegio de México/FCE, México, 1996.

OLNEY, James. «Algunas versiones de la memoria/Algunas versiones del *bios*: la ontología de la autobiografía». en LOUREIRO, Ángel G. (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*. pp. 33-47.

BRITO OLVERA, Mariana. «Vida y narración. Los modelos de realidad vital en las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña». *HYBRIS. Revista de Filosofía*, Vol. 8 N° Especial: *El mestizaje imposible*. ISSN 0718-8382, Septiembre 2017, pp. 313-346

PIÑA-CONTRERAS, Guillermo. «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña». En *Cuadernos americanos*, núm. 90, México, 2001. pp. 143-179.

PUERTAS MOYA, Francisco. *Como la vida misma. Repertorio de modalidades para la escritura autobiográfica*. Celya, Salamanca, 2004.

RAMÍREZ FIERRO, María del Rayo. «Imaginación y utopización». En *Intersticios*, núm. 11, México, 1999.

RODÓ, José Enrique. *Ariel/Motivos de Proteo*. Ayacucho, Caracas, 1976.

TERÁN, Óscar. «El *Ariel* de Rodó o cómo entrar en la modernidad sin perder el alma». En WEINBERG, Liliana (coord.). *Estrategias del pensar I*. CIALC/UNAM, México, 2010. pp. 45-64.

UREÑA, Salomé. «Mi pedro». En *Poesías completas*. Impresora dominicana, Ciudad Trujillo, 1950. pp. 186-187.

VASCONCELOS, José. *Memorias I. Ulises criollo/La tormenta*. FCE, México, 2012.

WEINTRAUB, Karl J. «Autobiografía y conciencia histórica». En LOUREIRO, Ángel G (coord.). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Suplementos Anthropos*, núm. 29, México, 1991. pp. 18-33.

ZULETA ÁLVAREZ, Enrique, «Introducción». En HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Memorias/Diario/Notas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. FCE, México, 2000.